

El No Alineamiento Activo y el Sur Global en la actual coyuntura internacional

Jorge Heine*

En enero de 2016, con motivo de una visita a la República Popular China del viceministro de Telecomunicaciones de Chile, Pedro Huichalaf, se firmó en Beijing un Memorando de Entendimiento entre el Ministerio de Transportes y Telecomunicaciones de Chile y la Comisión Nacional de Desarrollo y Reforma (NDRC) de China. El Memorando incluyó varios temas, el más significativo de los cuales fue la propuesta chilena de instalar un cable submarino de fibra óptica entre Valparaíso y Shanghái. Este habría sido el primer cable de Internet a través del Pacífico Sur, y el primero en conectar directamente Asia con América del Sur, evitando así el gasto y latencia adicional que implica que el tráfico electrónico fluya a través de América del Norte. Con ello, Chile, según algunos indicadores, en ese momento el país más digitalizado de América del Sur, se habría convertido así en el punto de entrada digital de la región para China y en un centro clave para el tráfico digital desde Asia hacia la región. Para Chile, el proyecto tenía la ventaja adicional de conectar el continente con dos de sus territorios de ultramar, Isla de Pascua y Juan Fernández, cuya conectividad digital hasta el día de hoy es limitada (Subsecretaría de Telecomunicaciones, 2016).

En 2017 se llevó a cabo un estudio de pre factibilidad que identificó varias rutas alternativas a través del Pacífico. (Revista T y N, 2017). En marzo de 2018 asumió un nuevo gobierno en Chile, encabezado por Sebastián Piñera, y el proyecto siguió avanzando hacia el estudio de viabilidad de la instalación del cable de 20.000 kilómetros de distancia a través del océano más grande del mundo, proyecto de un costo estimado de 500 millones de dólares. Sin embargo, el mismo no habría de ser.

* Jorge Heine es profesor de Relaciones Internacionales en la Escuela Pardee de Estudios Globales, y Director Interino del Centro Pardee para Estudios del Futuro en la Universidad de Boston. Ha sido embajador de Chile en China, India y Sudáfrica y ministro de Estado en el gobierno de Chile. Es exvicepresidente de la Asociación Internacional de Ciencia Política (IPSA) y ha sido profesor invitado en las universidades de Constanza, Oxford, París y Tsinghua. Ha publicado 17 libros, incluyendo el Oxford Handbook of Modern Diplomacy (Oxford University Press, 2013, 2015). Correo electrónico: jheine@bu.edu

En abril de 2019, el secretario de Estado de Estados Unidos, Mike Pompeo, visitó Chile y le “leyó la cartilla” al gobierno chileno, diciéndole que el proyecto era inaceptable para Estados Unidos (Guerra, 2019). El gobierno encabezado por el presidente Sebastián Piñera cedió a esta presión y canceló el proyecto. Hasta el día de hoy, no hay cable de Internet que conecte Asia con América del Sur y no hay ninguno proyectado, con el consiguiente impacto negativo en la conectividad y la competitividad de América del Sur.

Lejos de ser un caso aislado, el cancelado proyecto del cable transpacífico de Chile a China refleja en cuerpo y alma el difícil dilema que enfrentan los países latinoamericanos en esta época de crecientes tensiones entre Estados Unidos y China. Comenzando con la administración Trump y continuando con la del presidente Biden, los países latinoamericanos se han encontrado entre la espada y la pared, sujetos a presiones tanto de Washington como de Beijing para tomar decisiones de acuerdo a las preferencias de una u otra de estas grandes potencias. A principios de enero de 2021, la Corporación Internacional de Desarrollo Financiero (IDFC), agencia del gobierno estadounidense, prestó 3.500 millones de dólares a Ecuador con la condición de que Ecuador excluyera cualquier tipo de tecnología china de su red de telecomunicaciones (Gallagher y Heine, 2021). En agosto de 2021, en una visita a Brasil, el asesor de seguridad nacional de Estados Unidos, Jake Sullivan, pidió al gobierno del presidente Jair Bolsonaro que excluyera a la empresa china de telecomunicaciones Huawei de participar en la licitación de tecnología 5G del país, gestión que, a diferencia del caso anterior en Chile, no prosperó.

Como si fuese poco, estas presiones se dieron justo en el momento en que América Latina enfrentaba su mayor crisis económica en 120 años según la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina (CEPAL), como consecuencia de la pandemia de Covid-19. En 2020, el PIB de la región cayó un 6,6% (la mayor caída de región alguna en el mundo) y América Latina tuvo la tasa de mortalidad per cápita más alta del mundo como resultado de la pandemia. (Comisión Económica de América Latina, 2021). Con el 8 por ciento de la población mundial, tuvo cerca del 30 por ciento de las muertes oficiales de la pandemia. En otras palabras, en medio de su peor crisis en décadas, América Latina también se vio sometida a presiones desmesuradas de dos grandes potencias, comparables a las que experimentó en el apogeo de la Guerra Fría.

En este contexto, fue que surge la noción de No Alineamiento Activo (NAA). Ella constituye una doctrina de política exterior para enfrentar esta difícil situación, marcada

por una alta dosis de incertidumbre y amenazas de diversa índole (Fortin, Heine y Ominami, 2020).

¿En qué consiste el NAA y cuáles son sus planteamientos centrales? Una primera sección de este artículo desbroza la doctrina de NAA y lo que representa; una segunda parte examina el impulso especial que ha adquirido en años recientes como resultado del auge del Sur Global; una tercera analiza la economía política de NAA; una cuarta explica cómo opera el NAA en la práctica; y una quinta examina las implicaciones del NAA para el nuevo orden global emergente.

El concepto de No Alineamiento Activo

El NAA llama a los gobiernos latinoamericanos a no aceptar *in toto* o *a priori* las posiciones políticas de ninguna de las grandes potencias, sino definir su política exterior de acuerdo con sus propios intereses (Fortin, Heine y Ominami, 2023). Tiene ciertos paralelos con la noción de “autonomía estratégica” que ha surgido en Europa y adoptada por el presidente francés Emmanuel Macron y el alto representante de la UE para la política exterior y de seguridad, Josep Borrell, pero difiere de ella en aspectos importantes.

El NAA toma una página de las tradiciones del Movimiento de Países No Alineados (NOAL), pero las adapta a las realidades del nuevo siglo. También se inspira en la Escuela de la Autonomía en las Relaciones Internacionales Latinoamericanas y en autores como el brasileño Helio Jaguaribe y el argentino Juan Carlos Puig (Briceño y Simonoff, 2017). El NAA también se sitúa en el contexto de lo que el Banco Mundial ha denominado el “desplazamiento de la riqueza” del Atlántico Norte al Asia-Pacífico que ha tenido lugar en el nuevo siglo (de la Torre et al, 2015). Según diversas proyecciones, para 2050, siete de las diez principales economías del mundo serán no occidentales, y las tres principales serán China, India y Estados Unidos, en ese orden. En estas circunstancias, la *diplomatie des cahiers des doléances* de antaño, encarnada en la lucha por el Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) en los años setenta y ochenta, ha sido reemplazada por la “diplomacia financiera colectiva” del Nuevo Sur de hoy. En ella, juegan un papel clave nuevas entidades financieras como el Banco Asiático de Inversión e Infraestructura (BAII) y el Nuevo Banco de Desarrollo (el llamado “Banco BRICS”), así como proyectos como la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) de China (Roberts, Armijo y Katada, 2017).

Dicho esto, NAA no significa neutralidad. Esto último implica *no* adoptar una postura en los asuntos internacionales, algo encarnado en Suiza, con su renuencia a unirse a la Unión Europea y, hasta 2002, incluso a las Naciones Unidas. El NAA, por el contrario, refleja algo muy distinto: una decisión de no ponerse automáticamente del lado de una u otra de las grandes potencias. En otras palabras, de lo que se trata es de poner los intereses de sus propios países al frente, y no los de las grandes potencias.

El adjetivo “activo” se refiere a que el NAA es perfectamente compatible con tomar posiciones, críticas o no, hacia estas potencias. La neutralidad implica no tomar una posición sobre los grandes temas de la política mundial. Por el contrario, el NAA no rehúye el adoptar posiciones al respecto, sino que lo hace sopesando valores e intereses. Así, por ejemplo, dado el dilema que enfrentaron Chile y México como miembros no permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en 2003, como resultado de las presiones estadounidenses para apoyar una resolución del Consejo de Seguridad a favor de la invasión de Irak, una política de neutralidad habría conducido a guardar silencio y no adoptar una posición ni en un sentido ni en otro. En cambio, negarse a apoyar cualquier resolución de este tipo (que es lo que hicieron Chile y México, y que finalmente llevó a que no se presentara tal resolución), es consistente con una política de NAA (Heine, 2006). Asimismo, siguiendo el mismo principio, al aplicar el NAA, nada impide criticar las prácticas del gobierno chino que violan los derechos humanos.

Cuando el NOAL estaba en su apogeo, el no alineamiento significaba, como mínimo, no unirse a alianzas militares lideradas por Estados Unidos o la Unión Soviética. En el nuevo siglo, en un mundo globalizado e interdependiente, urge una mayor flexibilidad para definir este nuevo tipo de no alineamiento. A su vez, cuando se planteó originalmente la noción de NAA, algunos críticos descartaron la posibilidad de una Segunda Guerra Fría, término que les pareció algo prematuro. Sin embargo, a medida que las tensiones entre Estados Unidos y China han aumentado, y un nuevo tipo de no alineamiento ha surgido (The Economist, 2023a), se ha hecho evidente que estamos hablando de un nuevo fenómeno que llegó para quedarse, y uno que va de la mano con la repentina irrupción del Sur Global en los asuntos mundiales (Spektor, 2023).

El auge del Sur Global

En el contexto de una profunda crisis del Orden Liberal Internacional (OLI) existente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, orden gravemente afectado en 2016 por la decisión del Reino Unido de abandonar la Unión Europea y por la elección de Donald J. Trump a la presidencia de Estados Unidos, se transita hacia un nuevo orden mundial. Por una parte, en Occidente la propia democracia liberal se encuentra cada vez más asediada, en la medida en que el populismo, a menudo con fuertes tonos autoritarios, se extiende *urbi et orbi*. Por otra parte, está el desplazamiento de riqueza del Atlántico Norte hacia Asia-Pacífico mencionado anteriormente, que conduce a un reordenamiento radical de las jerarquías dentro del Sur y del orden global. El surgimiento de Asia y la consiguiente noción del nuevo siglo como el siglo de Asia es así propio de este nuevo orden (Khanna, 2019).

Es revelador que al abandono del Acuerdo de Asociación Transpacífico (TPP) por parte de Estados Unidos en 2017 le siguió la firma de la Asociación Económica Integral Regional (RCEP) por quince estados de Asia y Australasia (entre los que destaca China), que se convirtió en el mayor acuerdo comercial. Ello dejó a Estados Unidos fuera de dos de los principales acuerdos comerciales del mundo. El auge de China ha sido la característica más notable de este desarrollo (Heine, 2022), pero también lo ha sido el de la India (que, según se prevé, en 2024 será la economía de mayor crecimiento, con un 6,5 por ciento), y naciones latinoamericanas como Brasil y México. El auge de estas economías ha llevado a su mayor participación en foros multilaterales y a la creación de nuevas entidades que las representen. Y 2023 fue el año en el que el Sur Global irrumpió con especial fuerza.

En agosto de 2023, con motivo de la XV cumbre en Johannesburgo, el grupo BRICS anunció su ampliación, con la incorporación de seis nuevos miembros: Argentina, Egipto, Etiopía, Irán, Arabia Saudita y Emiratos Árabes Unidos (finalmente, el gobierno de Javier Milei en Argentina declinó la invitación) (The Economist, 2023c). En septiembre, se celebró la cumbre del G20 en Nueva Delhi, en una reunión considerada como un gran triunfo diplomático indio, se invitó a la Unión Africana a convertirse en miembro pleno. Poco después, en ese mismo mes, la cumbre del G77+China que tuvo lugar en La Habana puso en primer plano las demandas de las naciones africanas, asiáticas y latinoamericanas en un mundo que todavía opera en modo post pandemia por los efectos que esta ha dejado.

El endeudamiento financiero, las migraciones masivas, la escasez de agua y la inseguridad alimentaria fueron algunos de los temas sobre la mesa, asuntos que afectan directa y dolorosamente a muchos de los países en vías de desarrollo, pero que reciben poca atención de las grandes potencias. Éstas siguen absortas en sus mezquinas escaramuzas y disputas mutuas, en un eterno “sácate tú para ponerme yo”, que tiene al mundo en el estado en que se encuentra, con al menos tres guerras mayores (Ucrania, Gaza y Sudán), numerosas otras de menor envergadura y más cerca de una conflagración nuclear que en muchas décadas.

Gaza como punto de inflexión

Sin embargo, tal vez ningún acontecimiento subraya la irrupción del Sur Global en el escenario internacional como la guerra en Gaza, desencadenada por el ataque de Hamás a Israel el 7 de octubre de 2023. Las fuertes reacciones en África, Asia y América Latina en contra de la guerra de Israel en Gaza, expresados en varias resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, y a través del apoyo generalizado a la demanda de Sudáfrica ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ) en La Haya, demanda que acusa a Israel de violar la Convención en contra del Genocidio, son prueba del creciente aislamiento de Estados Unidos e Israel en el escenario global, y de la profunda brecha entre Occidente y el Sur Global (Tharoor, 2024).

El caso de Sudáfrica que acusa a Israel de genocidio (y la orden de medidas provisionales de la CIJ) ha sido criticado por varias potencias occidentales. Alemania incluso presentó un escrito ante la CIJ como *amicus curiae*, en apoyo a Israel. El contraste entre la actitud de las potencias occidentales hacia la guerra en Ucrania, donde han muerto muchas menos mujeres y niños en dos años de guerra que en seis meses en Gaza no podría ser mayor. Y mientras que el Tribunal Penal Internacional (TPI) emitió una orden de arresto en contra del presidente ruso, Vladimir Putin, Estados Unidos se ha opuesto tenazmente a que el TPI haga lo mismo con el Primer Ministro israelí Benjamín Netanyahu. En un caso límite de profundo desprecio por el orden internacional basado en reglas que Occidente dice defender a brazo partido, una docena de senadores republicanos de los Estados Unidos enviaron una carta al Fiscal del TPI amenazando al Tribunal, a él y a su familia con graves consecuencias en caso que alguna autoridad israelí fuese formalizada por crímenes de guerra en Gaza. ¿Por qué este doble rasero aplicado a la guerra en Ucrania y a la guerra en Gaza? La respuesta es obvia. Los

ucranianos son europeos y los palestinos no (Heine, 2024), lo que significa que, en la perspectiva de Occidente, sus derechos humanos tienen un valor muy distinto.

Así, en Gaza, el grandilocuente discurso occidental sobre la proclamada universalidad de los derechos humanos y la importancia de defenderlos dondequiera que sean violados, ha demostrado ser una mera fachada. Como lo ilustra Gaza, para las potencias occidentales la defensa de los derechos humanos sólo adquiere vigencia cuando se trata de proteger los derechos de aquellos considerados occidentales, o cuando los mismos pueden utilizarse en contra de adversarios. De lo contrario, son irrelevantes. Parte de la legitimidad de ese orden internacional se había basado en una ambiciosa narrativa surgida con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial sobre la promoción de la democracia y los derechos humanos como "fuerzas del bien" frente a la dictadura y el autoritarismo como "fuerzas del mal". El espejismo de esta gran narrativa persiste y parece haber sido reivindicada con la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética. Sin embargo, en el nuevo siglo, esa narrativa se está desmoronando. Mientras Occidente redobra su apoyo a Israel en la guerra en Gaza, en la que 33.000 civiles murieron en seis meses, 14.000 de ellos niños, más niños que los que murieron en todas las guerras del mundo en los cuatro años anteriores. (Democracy Now, 2024).

Y, así como en el caso de la guerra en Ucrania, el papel de los principales países del Sur Global fue *reactivo* frente a las sanciones unilaterales occidentales impuestas a Rusia, en el caso de la guerra en Gaza fue *proactivo*. Son las naciones del Sur Global las que han tomado la iniciativa en denunciar las atrocidades cometidas por Israel contra la población civil y el altísimo número de mujeres y niños que han perdido la vida como resultado de ellas. Tal fue el caso de Sudáfrica, que llevó el caso contra Israel a la Corte Internacional de Justicia, alegando una violación de la Convención contra el Genocidio, con el apoyo formal de otras diez naciones en desarrollo; de Brasil, que como presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas presentó en octubre de 2023 una resolución pidiendo un alto el fuego, resolución vetada por los tres miembros occidentales del P5, es decir, Estados Unidos, Reino Unido y Francia; y de Namibia, que se opuso firmemente al apoyo de Alemania a Israel en el caso de la CIJ, y el Presidente Hege Geingob afirmó que Alemania no puede “expresar moralmente su compromiso con la Convención de las Naciones Unidas contra el Genocidio, incluida la expiación por el genocidio en Namibia, y al mismo tiempo apoyar a Israel” (BBC News, 2024).

La economía política de NAA

Más allá de la dimensión política de esta creciente división entre Occidente y el Sur Global, también ha contribuido a ello la naturaleza cambiante de la globalización. Desde que surgió la noción de NAA, provocada por las tensiones entre Estados Unidos y China, dos acontecimientos han alterado dramáticamente la dinámica de la política mundial. La pandemia de Covid-19, la peor que azota a la humanidad en un siglo, y la invasión rusa de Ucrania como el *casus belli* más grave en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Esto ha provocado una desaceleración y una pérdida de impulso de la globalización. La noción central en la fase de globalización que comenzó alrededor de 1980 –que el mundo se está “aplanando” y convirtiéndose en un espacio relativamente homogéneo en el que las fronteras internacionales serían menos significativas y la producción y el consumo más competitivos– está ahora en cuestión. (Fortin, Heine y Ominami, 2024).

Por una parte, las demandas de autosuficiencia derivadas de los problemas de suministro de productos para el Covid-19, como mascarillas, ventiladores y vacunas, subrayan las ventajas de la producción local o al menos cercana (a diferencia de la global) de dichos artículos, y los beneficios de la disponibilidad por sobre la accesibilidad. Por otra parte, la dependencia europea del gas y el petróleo rusos expuesta por la guerra en Ucrania acabó con los supuestos de larga data de una paz europea permanente que habían sentado las bases de la Unión Europea. Así, la geoeconomía ha dado paso a la geopolítica.

Lo mismo ocurre con la proximidad geográfica e ideológica para las decisiones de inversión y los acuerdos comerciales. En esta transición de la hiperglobalización a la fragmentación, la política internacional vuelve a ocupar un lugar central. Los días en que los Estados se limitaban a fomentar mejores condiciones comerciales para las empresas transnacionales ya quedaron atrás. Entonces, la política exterior estaba supeditada a la estrategia económica y se centraba en materias como acuerdos de libre comercio, protocolos de protección de inversiones y tratados para evitar la doble tributación. Ahora, un orden internacional fragmentado privilegia bloques regionales introvertidos que dan prioridad a las relaciones entre sus propios estados miembros y no son adversos a limitar las relaciones con otros.

La creciente prominencia del NAA se debe al retorno de la geopolítica, con la competencia entre las grandes potencias como foco central. El papel renovado de los bloques regionales también subraya la necesidad de desarrollar posiciones comunes y elaborar acuerdos entre sus miembros sobre temas clave, incluidas las tensiones entre Estados Unidos y China. Lo que hace que el NAA sea tan potente es precisamente su capacidad para responder a los desafíos de navegar aguas turbulentas, signadas por disputas entre potencias en conflicto.

¿Existe algún país que haya aplicado el NAA hasta ahora?

La respuesta es sí. Ese es el caso de Brasil durante el tercer mandato del presidente Lula (2023-2027). Como el mayor país de la región, Brasil tiene una larga y distinguida tradición diplomática y una política exterior independiente, no dispuesta a subordinar sus prioridades a las de las grandes potencias (Cepaluni, Vigevani y Schmitter, 2012). Con el regreso del presidente Luiz Inácio Lula da Silva a Planalto, Brasil ha vuelto a aplicar lo que su ex ministro de Asuntos Exteriores (y actual asesor presidencial internacional), Celso Amorim, ha denominado una política exterior “activa y altiva”(Amorim, 2023).

Para sorpresa de muchos, que esperaban que el presidente Lula se focalizara sólo en cuestiones internas, después de su toma de posesión en enero de 2023, Lula desplegó una ambiciosa agenda de política exterior. Un componente clave de ella fue un plan de paz para Ucrania. Esto motivó una visita a Washington en febrero en la que Lula propuso al presidente Biden la creación de un “club de la paz”, formado por un grupo de países que promovería un diálogo entre Rusia y Ucrania, y que incluiría a potencias como China, India, Indonesia y Turquía. En marzo de 2023, Lula tuvo una extensa teleconferencia con el presidente Volodymyr Zelensky de Ucrania, a la que siguió una visita a Moscú de su asesor, Celso Amorim, quien, rompiendo el protocolo, fue recibido por el presidente Putin. A su vez, el propio Lula reiteró su plan de paz al presidente chino Xi durante una visita a Beijing que realizó en abril de ese año. Todo esto ha sido posible gracias a la posición no alineada de Brasil sobre la guerra en Ucrania. Sin embargo, lejos de mantenerse alejado del conflicto, Brasil ha mostrado un notable activismo en aras de poner fin a esta trágica guerra. Y aunque estas gestiones no fructificaron, ellas marcaron un fuerte contraste con la de las potencias occidentales,

decididas a continuar la guerra “durante el tiempo que sea necesario”, en palabras del presidente Biden (Heine y Rodrigues, 2023).

Al mismo tiempo, consciente de que el NAA requiere fuertes dosis de cooperación regional, Brasil ha dado un nuevo impulso al regionalismo latinoamericano. En enero de 2023, Lula tuvo un papel protagónico en la cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) celebrada en Buenos Aires. En mayo, Lula fue anfitrión de una cumbre sudamericana en Brasilia, un evento que no se había celebrado en ocho años. Y en agosto fue anfitrión de una cumbre amazónica en Belén de Pará, con los presidentes de los ocho países que comparten la cuenca amazónica, buscando un enfoque común sobre la mejor manera de preservar la selva amazónica y luchar contra el cambio climático. En 2024, Brasil preside el G20, para el cual está desarrollando una ambiciosa agenda, Y en 2025, Brasil presidirá y será el anfitrión de la COP 30.

América Latina en el cambiante orden global

No hay duda, entonces, de que el sistema internacional está pasando de ser un sistema hegemónico por Estados Unidos a uno con una distribución más amplia del poder. Quizás la descripción más precisa de este orden emergente sea la de Amitav Acharya, como un “mundo múltiple” (Acharya, 2018). Con esto se refiere a uno en el que el poder no se expresa unívoca y monótonamente en una sola dimensión, sino que en varias. Esto daría lugar a un orden mundial mucho más complejo y variado, el equivalente a una alfombra de muchos colores y texturas, en la que algunos países ejercerían influencia en algunas áreas y otros en otras. En ese contexto, las regiones desempeñarán un papel clave.

¿Qué hará América Latina en estas circunstancias?

Por una parte, América Latina todavía está tratando de salir de su profunda crisis descrita, no habiendo podido recuperar los niveles de crecimiento que necesita para recuperarse de lo que algunos llaman su segunda “década perdida” (2014-2024) en cuarenta años. Por otra parte, tiene una oportunidad notable con la llegada al poder de gobiernos más comprometidos con la cooperación regional y la acción colectiva, que en este sentido contrastan marcadamente con sus predecesores. La transición a una economía verde también ofrece esperanzas. Esta es una región que, particularmente en América del Sur, puede mostrar algunas de las reservas más vastas de minerales

necesarios para esta transición (como cobre, litio, plata y níquel), así como algunas de las tierras agrícolas más grandes y productivas para alimentar a la creciente población mundial (The Economist, 2023b).

Sin embargo, para aprovechar al máximo esta oportunidad, América Latina debe enfrentar su principal desafío internacional. La región se encuentra en el hemisferio occidental, que comparte con Estados Unidos. Con este país, América Latina ha tenido una relación política, económica, militar y cultural de dos siglos de duración. Por otro lado, para América del Sur en su conjunto, el socio comercial número uno es ahora China, una potencia en ascenso, cuyo PIB, medido en precios de mercado, se prevé que supere al de Estados Unidos en 2030. Tanto Washington como Beijing compiten por los corazones y las mentes de los latinoamericanos, una competencia que, como se describió anteriormente, ya ha llevado a la cancelación de grandes proyectos y los consiguientes costos de oportunidad para la competitividad de América Latina.

Como conclusión, es en este contexto que el No Alineamiento Activo ofrece una guía para la acción y una brújula para que la región navegue por las peligrosas aguas de un mundo turbulento, marcado por una creciente polarización y conflicto tanto en la política nacional como internacional.

Bibliografía

- Acharya, A. (2018). *The End of American World Order*. Polity Press.
- Amorim, C. (2021). Brasil y el Sur Global. En C. Fortin, J. Heine y C Ominami (eds.), *El No Alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para el nuevo siglo*. Santiago: Catalonia.
- Berg, R. y Brands, H. (2021). *The Return of Geopolitics: Latin America and the Caribbean in an Era of Strategic Competition*. Instituto Jack Gordon Institute of Public Policy, Florida International University.
- Briceño, J. y Simonoff G. (2017). La Escuela de la Autonomía, América Latina y la Teoría de las Relaciones Internacionales. *Estudios Internacionales*, 49 (86), pp. 39-89. https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.13983/pr.13983.pdf
- Cepaluni, G; Vigevani, T. y Schmitter, P. (2012). *Brazilian Foreign Policy in Changing Times: The Quest for Autonomy From Sarney to Lula*. Lexington Books.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe. (2021). *Perspectivas del Comercio Internacional de América Latina y el Caribe 2020: La integración regional*

es clave para la recuperación tras la crisis. CEPAL.
<https://repositorio.cepal.org/entities/publication/a57403d7-a034-4aa9-a496-21613fa0eb38>

De la Torre, A, Didier, T., Ize, A. Lederman, D. y Schmukler, S. (2015). *Latin America and the Rising South: Changing World, Changing Priorities*. World Bank.

Fortín, C.; Heine, J. y Ominami, C. (2020). Latinoamérica: no alineamiento y segunda guerra fría. *Foreign Affairs Latinoamérica*, 20 (3), septiembre, pp. 107-115.

Fortin, C., Heine J. y Ominami, C. (eds.). (2023). *Latin American Foreign Policies in the New World Order: The Active Non-Alignment Option*. Anthem Press.

Fortin, C. Heine, J. y Ominami. C. (2024). Postscriptum. En Fortin, Heine y Ominami, (eds.) *Latin American Foreign Policies in the New World Order: The Active Non-Alignment Option*. Anthem Press.

Gallagher, K. y Heine, J. (27 de enero de 2021). Biden needs to reverse Trump's economic policy in Ecuador. *The Hill*. <https://thehill.com/opinion/international/535838-biden-needs-to-reverse-trumps-crony-capitalism-in-ecuador/>

Guerra I. (12 de abril de 2019). Mike Pompeo advierte a Chile sobre China y Huawei: “esa infraestructura presenta riesgos para los ciudadanos de tu país”. *Emol*.
<https://www.emol.com/noticias/Nacional/2019/04/12/944543/Mike-Pompeo-advierte-a-Chile-sobre-China-y-Huawei-Esa-infraestructura-presenta-riesgos-a-los-ciudadanos-de-tu-pais.html>

Heine, J. (2006). Between a Rock and a Hard Place: Latin American Multilateralism after 9/11. En Newman, E. Thakur, R. y Tirman, J. (eds.), *Multilateralism Under Challenge: Power, International Order and Structural Change*. United Nations University Press.

Heine, J. (2022). *Xi-na en el siglo del dragón: Lo que todos deben saber sobre China*. Lom.

Heine, J. y Rodrigues, T. (2023). Brazil's is Ukraine's Best Bet for Peace. *Foreign Policy*. <https://foreignpolicy.com/2023/05/02/brazil-russia-ukraine-war-lula-diplomacy-active-nonalignment/>

Heine, J. (8 de Febrero de 2024). The Global South, Gaza and Active Non-Alignment. *The Oxford Martin Programme on Changing Global Orders*.
<https://changingglobalorders.web.ox.ac.uk/article/global-south-gaza-and-rise-active-non-alignment>

Khanna, P. (2019). *The Future is Asian: Commerce, Conflict and Culture in the 21st Century*. Simón & Schuster.

Revista T y N. (14 de junio de 2017). Chile Avanza en proyecto de cable submarino para unir a China.

Roberts, C, Armijo, L. y Katada N. (2017). *The BRICS and Collective Financial Statecraft*. Oxford University Press.

Spektor, M. (2023). In Defense of Fence-Sitters. *Foreign Affairs*, 3 (102), mayo-junio.

Subsecretaría de Telecomunicaciones, Gobierno de Chile. (2 de febrero de 2016). Chile y China firman importante acuerdo bilateral de colaboración tecnológica. <https://www.subtel.gob.cl/chile-y-china-firman-importante-acuerdo-bilateral-de-colaboracion-tecnologica/>

Tharoor, I. (25 de marzo de 2024). The US and Israel Have a Major Credibility Problem. *The Washington Post*. <https://www.washingtonpost.com/world/2024/03/25/israel-united-states-credibility-confrontation/>

The Economist (2023a). (11 de abril de 2023). How to Survive a Superpower Split. *The Economist*. <https://www.economist.com/international/2023/04/11/how-to-survive-a-superpower-split>

The Economist (2023b). (8 de agosto de 2023). Latin America could become a commodities superpower in this century. *The Economist*. <https://www.economist.com/the-americas/2023/08/08/latin-america-could-become-this-centurys-commodity-superpower>

The Economist (2023c). (23 de agosto de 2023). The BRICS bloc is riven with tensions. *The Economist*. <https://www.economist.com/international/2023/08/17/the-brics-are-getting-together-in-south-africa>